Capítulo 3

“En las casas de nuestras moradas”. Fundación del monasterio de Santa Inés en Santafé de Bogotá (1645)

SOFÍA BRIZUELA MOLINA*

Por precepto de Domingo de Guzmán, fundador de los dominicos, la predicación y fundación de conventos aparecen como elementos fundamentales en la misión de la Orden. El mandato “de salir y fundar conventos” fue escuchado por los frailes llegados a los territorios americanos a fines del siglo XV. En realidad, se trata de la misma fuerza expansiva que caracterizó los inicios de las órdenes mendicantes y que las llevó a instalarse por casi toda Europa y, como se verá posteriormente, por los territorios americanos incorporados a la Corona de Castilla. Así, hacia 1550 se constata la temprana presencia de conventos dominicos y franciscanos en las recién fundadas ciudades de la Audiencia de Santafé de Bogotá.¹ En efecto, su presencia se explica por el interés que la Corona manifestó por la evangelización como elemento determinante de su política en las llamadas Indias. Las considerables dificultades que imponían la geografía y la diversidad lingüística (Bidegaín, 2004, p. 43) dan cuenta del enorme esfuerzo asumido por los religiosos en la tarea

* Candidata a doctora en Historia de América por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.

1 La Audiencia de Santafé de Bogotá se constituye en 1550, aunque la orden de su creación es anterior a ella se adscriben los territorios de las gobernaciones de Cartagena, Santa Marta, el Nuevo Reino de Granada, Antioquia y Popayán (Melo, 1977).

de convertir al cristianismo a los indígenas americanos. Esta práctica de gesta conquistadora y evangelizadora reconocía sus antecedentes inmediatos en la ocupación de los territorios conquistados al islam durante los siglos XIII y XIV. Como indica José María Miura (1990), la presencia de las órdenes religiosas constituyó el “brazo espiritual” que consolidó y legitimó el poder de la Corona de Castilla en aquellos territorios.²

En este caso, el avance de estas órdenes se debe a la cercanía que tenían los mendicantes con la monarquía española. Según el análisis de Miura, la Corona se convirtió en la gran protectora de la Iglesia y los clérigos. En la península ibérica, la fundación de conventos y expansión de las familias religiosas determinaron en gran parte la transformación del paisaje urbano y rural al que repoblaron y cristianizaron. El establecimiento de la Iglesia, exigía la disposición de un espacio físico para la fijación de las instituciones, desde el mismo episcopado, con sus catedrales, cabildos, parroquias, oratorios y conventos. Un proceso análogo se dio en los recién conquistados territorios americanos, en los que el proceso de evangelización y colonización contó con las órdenes y posicionó especialmente a franciscanos y dominicos como principales protagonistas de la nueva vía “americanista” (Miura, 1990) que se abrió a las órdenes mendicantes, situación que se mantuvo durante todo el siglo XVI. En 1577 en Santafé, en una carta que envía el cabildo de la ciudad comenta: “la orden de santo Domingo es muy antigua en estas tierras y se ha empleado en la doctrina de los españoles y naturales con mucho celo” (Carta del cabildo secular, 1577).

Con la fundación de ciudades y con la evangelización a cargo de los frailes, entre otras cosas, se difundieron creencias religiosas, se reprodujeron prácticas, ritos y se erigieron entidades administrativas que emularon aquellas sociedades peninsulares. Entre estas consideramos también a los

2 En sus estudios sobre las órdenes regulares en Andalucía, José María Miura sostiene que “los inicios de la presencia de religiosos se encuentra plenamente incardinada en el proceso de conquista y repoblación del territorio del Valle del Guadalquivir. Los avances militares, tanto de Fernando III como de Alfonso X, en el siglo XIII, contaban con la presencia de frailes mendicantes que acompañaban a las huestes y por esta razón fueron luego recompensados con tierras para levantar sus conventos” (1990, pp. 112-113).

conventos de monjas, cuya misión primera en el espacio americano, fue la de dar a refugio las hijas y mujeres viudas de los primeros conquistadores y pobladores. Sin embargo, esta función primera y esencial, no fue la única, pues el establecimiento de conventos tanto femeninos como masculinos expresaba la consolidación de la Iglesia junto a las otras fuerzas políticas y económicas. Como sostiene Coelho Nascimento para la España medieval,

desde el punto de vista político, la creación de monasterios, se reveló como un instrumento importante en las manos de la monarquía, que se aprovechó de la fantástica capacidad que ellos representaban para la ocupación y explotación de territorios recién incorporados (Coelho, 2005, p. 698).

Observación perfectamente aplicable a la realidad americana, porque la fundación de conventos en los nuevos poblados legitimaba la conquista con la presencia de los evangelizadores e indicaban la progresiva consolidación de las ciudades. Por otra parte, los monasterios se instituyeron como agentes promotores de la cultura hispana (Burns, 2008, p. 49), y conllevaban la misión de generar un modelo de individuo (hombre o mujer) que no solo iba a participar de la vida cristiana, sino que también iba a ser depositario y transmisor de valores religiosos en un mundo diferente, complejo y heterogéneo, poblado de diversidad étnica y multiplicidad de prácticas religiosas. En esa perspectiva, el hecho de erigir un monasterio dotaba a las sociedades nacientes de relevancia y virtud, y así demostraba que los vecinos poseían suficientes excedentes económicos para solventar una obra de esas características. Y no menos importante, demostraba que también se contaba con un conjunto de hijas virtuosas para poblar los claustros y revestir de prestigio a dicha sociedad.

Inicios de la vida conventual femenina en el Nuevo Reino de Granada

En el caso de la jurisdicción de la Audiencia de Santafé, el primer monasterio de mujeres fue el de las monjas clarisas, fundado en Tunja en

1578. A partir de ese año, en algo más de medio siglo se fundaron ocho más. Cuatro de ellos correspondían a la Orden franciscana, dos a las concepcionistas, tres carmelitas y uno de agustinas (Florez de Ocariz, 1674) (véase la tabla 1).

Tabla 1. Fundación de Conventos en la Audiencia de Santafé, 1578-1729

Orden	Ciudad	Año
Clarisas	Tunja	1578
Clarisas	Pamplona	1583
Concepcionistas	Pasto	1588
Agustinas	Popayán	1591
Concepcionistas	Santafé	1595
Carmelitas	Santafé	1606
Clarisas	Cartagena	1617
Clarisas	Santafé	1629
Dominicas (Inesitas)	Santafé	1645
Carmelitas	Villa de Leyva	1645
Carmelitas	Popayán	1729

Fuente: Flórez de Ocariz, 1674.

El primer monasterio en el Nuevo Reino de Granada fue fundado por Francisco Salguero y su mujer Juana Macías de Figueroa en 1578, ambos provenientes de Tunja. En las diligencias previas a la apertura, el capitán Salguero envió informaciones al Consejo de Indias en las que se afirmaba que el interés por fundar un monasterio de monjas, vendría a resolver la situación de pobreza en la que se inscribían mujeres de familias notables que no podían acceder al matrimonio al no contar con recursos para una buena dote (Informaciones de oficio y parte: Francisco Salguero, 1575). Al parecer, ante el hecho de consolidar alianzas matrimoniales se esperaba que ambos contrayentes sumaran beneficios económicos: tierras, encomiendas, minas etc., pero la disponibilidad de hombres ricos no alcanzaba a cubrir el cupo de doncellas aptas para el matrimonio. En realidad, las que tenían mayor posibilidad de nupcialidad eran las mujeres que contaban con abultadas

herencias —por ejemplo las viudas— que agregaban a su capital familiar lo legado de su marido difunto y eso suponía una concentración económica considerable (Gonzalbo, 1997, p. 71). La gran motivación para la fundación de un convento era el responder a las necesidades de resguardo de las hijas de las familias de la elite conquistadora y pobladora y así se expresaban en las peticiones al Consejo de Indias, en este sentido, el matrimonio era casi el único camino de protección social de las mujeres (Neukirchen, 1997, p. 140), por esta razón es que los padres se ocupaban tempranamente en asegurarles el matrimonio y buscarles un esposo que las tutelara personal y económicamente.

Entre los últimos monasterios fundados en Santafé, se erige el convento de Santa Inés que surgió vinculado a la Orden de Santo Domingo. Respecto de la fundación de casas religiosas, las *Ordenanzas de Indias* relacionadas prescribían que los obispos eran quienes debían otorgar la primera licencia e informar al rey sobre la pertinencia o no de estas fundaciones (Recopilación de leyes, 1681). Asumir estas empresas, implicaba considerables sumas de dinero y junto a las gestiones episcopales, se debía de contar con capitales económicos que por lo general estaban en manos de laicos. Fundar una institución religiosa, ya sea una iglesia o un convento, implicaba al menos cuatro condiciones: disponer de un solar, construir el recinto, proceder a la dotación del mismo para su funcionamiento y avalar económicamente la obra con bienes o rentas. Asumir una obra de estas características no estaba al alcance de cualquier creyente, pues obligaba a ciertas cargas onerosas como cuidar la iglesia, defenderla, conservar sus fincas y velar por su sostenimiento (Levaggi, 1998, p. 143). En sentido estricto se llamaba fundador al donante de la propiedad. Si este, además de donar el predio, también construía y dotaba las instalaciones del convento, se hacía merecedor del reconocimiento al derecho patronal.³ En efecto, se planteaba para los fundadores una serie de beneficios que también redundaban en el orden social al incrementar su prestigio y estatus.

3 “Se trata de un derecho honorífico (no de estricta justicia), oneroso y útil (conjunto de privilegios) que por concesión de la Iglesia compete a los fundadores, o a sus causahabientes, sobre una iglesia, capilla, beneficio, monasterio, etc” (Teruel, 1993, p. 352). Levaggi (1998).

Los primeros intentos fundacionales del convento de monjas dominicas, partieron de la iniciativa de tres hombres notables de Santafé, comandados por Hernando de Caycedo, junto a sus dos primos (Constitución y libro 1689-1854; Expediente sobre la cobranza, 1640. En este expediente sobre cobranzas de alcabalas se indica que son primos hermanos, igualmente que con Tomás de Velázquez); Tomás Velázquez, escribano de cámara de cancillería, hermano de fray Gerónimo Velázquez, dominico y vicario de la provincia de San Antonino.⁴ El otro socio, era Alonso López Hidalgo de Mayorga, encomendero,⁵ ambos vecinos poderosos, con múltiples actividades de orden político, militar y económico. El capitán Hernando de Caycedo, “persona de muy buenas prendas naturales y adquiridas, acaudalado de nobleza y riquezas, y más de lo muy limosnero de su piadoso ánimo” (Florez de Ocariz, 1674, p. 176), era hijo del capitán Francisco Beltrán de Caycedo, conquistador y poblador de las Ciudades mineras de Vitoria, Los Remedios, Cáceres y Zaragoza (Cartas de Audiencia, 1640), cuyos hijos, Francisco Beltrán y Hernando, heredaron su fortuna concentrada en minas, tierras, esclavos y casas en esas tierras de Antioquia. Se trataba de personajes cercanos a la Orden dominicana, en el caso de Caycedo, su familia entre otras cosas, había costado con importantes donativos la construcción de la iglesia del Rosario.⁶ No resulta extraño que la proximidad a los frailes predicadores haya animado las iniciativas

4 Alonso de Zamora, menciona a este fraile como miembro de una de la familia de los principales de Santafé, propietaria y perteneciente al alto funcionariado (de Zamora, 1945, p. 117).

5 Se mencionan sus encomiendas, heredadas por su mujer, nieta de Luis del Olmo quien había participado en la conquista del Nuevo Reino de Granada (Informaciones: Alonso López de Mayorga, 1627; Sección: Colonia.Encomiendas/ Encomiendas, 1631).

6 “La otra Nave que le corresponde, que llamamos de S. Geronimo, para su famosa Capilla, que le sirve de testera, con vn grande, y Magestuoso retablo, es fundación de los Beltranes, y Caizedos, Familia muy Noble, y principal de esta Ciudad; que fuera de aver costado su fábrica, con sacristía, bóveda, y Coro, la dotaron con muy quantiosas Capillas. Tiene esta Nave otras Capillas de diferentes Santos, según la arquería que corresponde a la del Rosario, y todas bien adornadas de retablos dorados, que han costado sus dueños, y dotado de Capellanias” (de Zamora, 1945, p.143).

por fundar el monasterio de dominicas puesto que las familias de las élites siempre estaban cercanas a las órdenes religiosas pues frecuentaban sus templos, incluso porque también los hijos de dichas familias eran los que nutrían los claustros.

Se iniciaron las tramitaciones correspondientes para la fundación de un convento y se comunicó al presidente de la Audiencia, Juan de Borja, y al arzobispo Pedro Ordóñez y Flórez para que ellos elevaran informes al rey en el que se hacía constar el capital disponible de los oferentes y el beneficio y utilidad que reportaría la obra a la ciudad. El proceso de petición por parte de los patrones contó con informes favorables de las autoridades de la Audiencia, sin embargo, el proyecto de fundación no se llevó a cabo: por un lado, por la repentina muerte de Hernando de Caycedo en 1622 y también por la llegada del nuevo arzobispo Arias a ocupar el obispado en sede vacante.

Hernando Arias Ugarte, santaferño de distinguidos orígenes, detentaba una brillante carrera como funcionario real y luego lo hizo destacándose como arzobispo —ocuparía la silla de Santafé entre 1618 y 1625— y su nombramiento representó, sin embargo, un verdadero revés para la fundación del convento. El nuevo arzobispo, hombre con importantes contactos en la corte, llevaba entre sus objetivos primordiales la fundación de un monasterio de clarisas para las mujeres de su propio linaje (Toquica, 2008, p. 70). Es así que se superpusieron entonces dos propuestas similares que coincidieron en un mismo momento, y aunque la solicitud por el convento de las dominicas llevaba ya por delante las tramitaciones exigidas, la instancia administrativa que llegó a las manos del arzobispo fue aprovechada por este para adelantar diligencias y obtener la licencia del rey a favor de su propio monasterio.

La repentina muerte de Caycedo, su principal promotor, desalentó aún más los planes. Sin embargo, surgieron nuevos socios y nuevos patrimonios que sumados al aporte del albacea de Caycedo, reunieron un importante fondo de 39.000 pesos. Esta nueva propuesta se elevó a la Audiencia el 30 de junio de 1622, aunque sin obtener ninguna respuesta por parte de la Corona, que por el contrario aprobó la construcción del monasterio de las clarisas del obispo Arias. Esta obra se culminó en 1629 (Florez de Ocariz, 1674).

Sin embargo, el interés por la apertura de un convento dominico para mujeres siguió gravitando fundamentalmente entre los intereses de los frailes, quienes promovían dicha idea entre los feligreses acaudalados y cercanos. Conforme a lo que indica Plata Quezada, para el siglo XVII, los predicadores estaban en amplia expansión evangelizadora, pues habían pasado ya la primera instancia misionera. Contaban con seis conventos y se le añadieron otros propósitos, tales como alentar a la piedad popular, instituir centros de peregrinación (Chiquinquirá, Santo Ecce Homo y Las Aguas) e incluso, promocionar la espiritualidad y observancia religiosa, mediante reforma conventual interna con el acatamiento a la regla en los conventos San Vicente Ferrer y Ecce Homo (Plata, 2012, pp. 47-48). Estos aspectos contribuían a la valoración social de la orden dominica y el hecho de erigir todas las ramas de la comunidad religiosa, demostraba la consolidación de la Orden en los nuevos territorios americanos. Así, en un principio, los frailes verían coronado el trabajo de evangelización, probablemente, el hecho de la presencia de todos los estamentos que formaban la familia de Santo Domingo reforzaría el sentimiento corporativo de la congregación y demostraría el éxito de la tarea encomendada por la Corona.

Fundación del monasterio de Santa Inés

Entre los feligreses más cercanos al convento de Santo Domingo, se encontraba Juan Clemente Chávez, destacado miembro de la élite santafereña, cuyos ascendientes inmediatos habían participado en la conquista del Nuevo Reino. Efectivamente, en un informe de méritos, que él mismo eleva al rey, declara:

Juan Clemente de Chaves, alférez mayor y alcalde ordinario de esta ciudad, digo que por mi parte que es hijo legítimo del Capitán Juan de Chaves y de Doña Eufracia de Santiago...y que el dicho capitán Juan de Chaves vino a este Reino en compañía del adelantado Don Alonso Luis de Lugo, gobernador y capitán general (Informaciones: Juan Clemente de Chaves, 1624).

En reconocimiento de su valor, servicio y antecedentes familiares, lo nombraron gobernador de una provincia de Antioquia. Tanto Florez de Ocáriz como Alonso de Zamora lo sitúan en unos “ejercicios espirituales” en el convento antes de partir a su nueva misión. El prior del convento Cristóbal Gallego⁷ le había proporcionado para su oración: *Crónica de la religión dominicana*⁸ en dicho santoral dominicano, Chávez leyó la vida de Inés de Montepulciano, monja nacida cerca de Sena (12681317), contemporánea de otros grandes santos dominicos como Santa Catalina y Raimundo de Capua. Según coinciden las diferentes crónicas consultadas, la lectura, fue lo que motivó su devoción y ánimo, hasta el punto de decidir la donación de su herencia para la construcción de un monasterio de monjas dedicado a esta beata.

Aficionóse tanto á su prodigiosa Santidad, que comunicó con el Padre Presentado los desseos, que tenia de hazerle algun servicio. Dixole, que siendo hombre poderoso sin hijos, ni herederos forçosos; fundasse vn Convento de Religiosas Dominicas, dedicándole a esta Virgen esclarecida que lo haria, como el P. Presentado dispusiesse los medios, para conseguir las licencias (de Zamora, 1945, p.198).

En efecto el 29 de mayo de 1628, Chávez dispuso en su testamento el legado de una serie de propiedades para la fundación de un convento de monjas de la Orden Dominica: “En las cassas de nuestras moradas se funde un monasterio de la Orden del Señor Santo Domingo, debajo de su regla, con el título de Santa Ighes de Monte Pulquissiano” (Transcripción del testamento, 1769).

7 “Era natural de la Ciudad de Baeza, hijo de su Convento de N. P. S. Domingo de la Provincia de Andalucía. Vino asignado á esta en vna Mision, que entró el año de 1.587” (de Zamora, 1945, p.196).

8 “*La Crónica de la religión referida* por el cronista, pudo tratarse de la obra constituida por cinco partes titulada *La historia general de santo Domingo y de su Orden de Predicadores (...)* cuyas primeras dos partes fueron escritas por fray Hernando del Castillo y publicadas en Valladolid en 1613. Ejemplares de estas obras en las ediciones mencionadas se encuentran hoy en el convento san Alberto Magno de la orden de Predicadores de Bogotá” (Acosta y Vargas 2011, p. 19).

La sensibilidad religiosa de Chávez, como posiblemente la de otros vecinos, lo llevaba a explorar en esos modelos virtuosos y hábitos de conducta más arraigados en la fe. Un modelo de reproducción de estilos de vida conformes a la piedad y el fervor religioso que caracterizaba a las sociedades del Nuevo Mundo de entonces. El auspiciar y, mucho más, dotar este tipo de iniciativas, confería a sus hacedores consideración social, respetabilidad y honor. Estos aspectos se sumaban a los anhelos de alcanzar la vida eterna que perseguía todo cristiano y que se le prometía a los que hicieran “buenas obras”. En efecto, el Concilio de Trento advirtió que los que practicaban obras buenas, tendrían como recompensa la vida eterna y cualquier emprendimiento de carácter religioso o auspiciado por la Iglesia, guardaba la intención de alcanzar el perdón de los pecados y el favor divino.⁹

Una peculiaridad observada en la búsqueda y rastreo documental para analizar el proceso fundacional, tanto en los documentos del archivo del monasterio, como en lo relatado por Flórez de Ocáriz y Alonso de Zamora y demás fuentes publicadas, es que no hay ninguna mención directa a los frailes dominicos, salvo lo indicado del retiro de Juan Clemente de Chávez. Sin embargo, el asesoramiento y la orientación que llevó adelante este proyecto estuvo marcado desde un primer momento por los frailes predicadores y aunque si bien los frailes no figuran de manera directa en los documentos, el convento de monjas de Santa Inés fue una muestra de las influencias que la Orden dominica ejercía en la élite santafereña (Plata, 2012).

Clemente de Chávez, gobernador de Antioquia, murió el 15 de abril de 1629, dejó en su testamento, “conferido por el maestro fray Antonio de León, de esta orden” (Flores de Ocáriz, 1674)¹⁰ una cláusula para

9 “Porque a los que obran bien hasta la muerte y esperan en Dios, se les debe proponer la vida eterna... ya como premio con que se han de recompensar fielmente según la promesa de Dios, los méritos y las buenas obras” (Concilio de Trento, 1845, p. 64).

10 Fray Antonio de León, oriundo de Granada, ingresó a la Orden y por su destacada afición al estudio intentó ingresar al colegio de Santo Tomás en Sevilla. Fue acusado de morisco por un vecino y esto invalidó su ingreso a los altos estudios. Fue destinado a la provincia de San Antonino, al convento del Rosario,

que se fundase el convento. En efecto, un año antes, el 29 de mayo de 1628 —había dispuesto en su testamento—, tras una confesión con el mencionado fraile, prior del convento del Rosario, el legado de sus propiedades para la fundación de un convento de monjas de la Orden Dominica dedicado a Santa Inés de Montepulciano. En el documento, estableció que su heredera era su hermana Antonia de Chávez, viuda de López de Céspedes, encomendera de los indios de Ubaqué, que sería la encargada de llevar adelante la obra de construcción del convento del que ella misma sería la patrona y fundadora, y al que ingresarían mujeres de su familia (Informaciones de oficio y parte: Tomás Vaca, 1630). Juan Clemente murió sin descendencia directa, y tenía dos hermanas más: Beatriz de la Concepción y Ana de San Jerónimo, ambas monjas del convento de la Concepción de Santafé, quienes habían desempeñado diferentes oficios, incluso Beatriz había sido abadesa de aquel monasterio. Desde esta perspectiva, para los hermanos Chávez, la vida religiosa femenina no les era ajena, razón por la cual, dejó establecido en el mismo testamento, la titularidad del patronato en su hermana Antonia y a las fundadoras, sus hermanas monjas que mudarían de convento para hacerse cargo del nuevo.

En los primeros meses de 1630, el provincial de los dominicos, fray Tomás Vaca, elevó un informe con parecer de la Audiencia en el que ofreció testimonios sobre los bienes disponibles para llevar adelante la construcción del convento de monjas. Expuso que por las cláusulas de su testamento y última voluntad, el gobernador entregó todos sus bienes: “Hiço donación y mando toda su hacienda y las casas de su morada en esta ciudad, quarenta estancias y las más que parecieren por sus títulos en la sabana de Bogotá” (Informaciones de oficio y parte: Tomás Vaca, 1630).

Asimismo, el fraile indicó que el convento se inscribiría bajo la advocación de Santa Inés de Montepulciano y que se vinculaba a la Orden, por ser “religiosa de nuestra sagrada rreligion por particular devocion que el dho gobernador con esta santa tuvo viviendo [sic]”

donde se destacó por su formación y fue maestro y catedrático de grandes personalidades. Murió en Cartagena en 1652 (de Zamora, 1945, pp. 204-209).

(Informaciones de oficio y parte: Tomás Vaca, 1630). Como ya lo señalamos, para fundar un convento, se debía contar con un capital considerable capaz de afrontar los gastos de construcción, más los de aprovisionamiento del edificio conforme a su función. Una vez el convento estuviera habilitado y con las monjas adentro, la procuración de bienes para solventar los gastos, debían de ser fijos, por lo tanto, era fundamental justificar los recursos para obtener los permisos. En efecto, las autoridades peninsulares no consentían la apertura de una casa religiosa si no estaban determinados de antemano fondos seguros y perennes para sostener dicha empresa porque existía el riesgo de que una vez agotados los depósitos de los patronos o ante la muerte de estos, se solicitasen limosnas y ayudas al erario real.

Por esta razón, fray Tomás Vaca, enumeró conjuntamente con Antonia Chávez todo el patrimonio legado por Juan Clemente y lo que ella aportaba en su calidad de encomendera y agregó el testimonio de notables personajes de la sociedad que avalaron la declaración:

Las casas de su morada en la misma quadra y otra en la calle de la carreta en la esquina de San Agustín y una estancia de pan llevar que tiene el distrito de el pueblo de Ubaque de su encomienda de cuyas demoras aplica por los días de su vida un mil pesos cada año para la fabrica (Informaciones de oficio y parte: Tomás Vaca, 1630).

Se consideraba que los mil pesos que daba al año de beneficio una de las propiedades se destinaría para la fábrica del convento, es decir para el sostenimiento del edificio, más los gastos que ocasionaban los costosos insumos del culto tales como velas, aceite, gastos de sacristía, entre otros. Entre sus propiedades más importantes, se contaban las encomiendas de Ubaqué, Cáqueza y otros anexos, que Antonia Chávez llevaba administrando. Sumaban, además, la hacienda con más de trescientas cabezas de ganado vacuno, seis estancias en tierra caliente de trapiche con esclavos y cañaverales para miel y azúcar. Además de los bienes raíces y ganados, la fundadora aportaría 18.000 pesos en efectivo que los tenía a resguardo en el convento de Santo Domingo:

[...] tiene el dinero para dha fundación y no para otra cosa dieciocho mil pesos a ocho reales depositado para este efecto en el padre presentado Fray Cristoval Gallego, prior de este convento de Santafé para fabrica, casa con clausura, Yglesia a satisfacción de vuestro gobernador y arzobispo de este rreyno para numero de cinquenta monjas [sic] (Informaciones de oficio y parte: Tomás Vaca, 1630).

Participaron directamente en la empresa fundadora el provincial de los dominicos, Tomás Vaca; el prior del convento de Santafé, fray Cristóbal Gallego; sin dejar de lado a fray Antonio de León, a quien Flórez de Ocáriz cita como intermediario del testamento de Juan Clemente de Chávez. Deducimos que el interés que el convento de monjas había despertado en los frailes, tenía que ver con las expectativas que se desprendían de sus actividades misioneras y evangelizadoras. La presencia de un monasterio de dominicas, no solo indicaba la proyección de toda la Orden como tal, indicaba también el poder de la predicación de los religiosos, el valor de la oferta espiritual y formativa que ofrecían para los seglares, la capacidad de desenvolverse entre los altos cuadros sociales y los vínculos a las elites políticas y dirigentes. Sin dudas la apertura de este monasterio expresaba un triunfo de la provincia de San Antonino y qué mejor que contar para dicha empresa a prestigiosos vecinos de reconocido linaje y poseedores de grandes beneficios económicos que garantizarían el éxito de la empresa. Antonia de Chávez era heredera de sendos beneficios por parte materna y paterna, y la tasación llevada a cabo por los escribanos, le otorgaron a una suma superior a 50 mil pesos. Lo que le permitiría concretar la construcción y llevar a cabo el patronato con el sostenimiento de las monjas.

Tabla 2. Bienes aportados del testamento de Juan Clemente de Chávez

Bienes aportados	Cantidad
Vivienda familiar para edificación del convento	2
Propiedades en el casco urbano	2
Estancias de pan coger	S/D
Estancias con ganado mayor y menor en la Sabana de Bogotá	40

Bienes aportados	Cantidad
Cabezas de ganado vacuno	300
Haciendas de trapiche en Tocaima	5
Esclavos	20
Beneficio de la renta de las encomiendas (para fábrica del convento)	1.000 p.
Dinero efectivo	18.000 p.

Fuente: Informaciones de oficio y parte: Tomás Vaca, 1630.

El patronato del convento de Santa Inés, a cargo de Antonia de Chávez, disponía de todas las condiciones necesarias para fundar un convento, con un solar apropiado y con el capital para la construcción y dotación material. Los fondos económicos que sostendrían a la institución provendrían de las haciendas aportadas por la familia Chávez, pues se contaba con la explotación agrícola y ganadera de las fincas, con los beneficios productivos derivados del trapiche y trabajo esclavo, más los ingresos aportados por las rentas de las encomiendas. Consideramos que el potencial económico que se le otorgaba a la fundación, indica que los recursos para sostener el convento derivarían fundamentalmente de la actividad agrícola ganadera y no rentista como podrían ser los ingresos de los otros conventos de Santafé,¹¹ así lo pretendía el mismo gobernador Chávez en su testamento: “[...] y mediante que en las dichas tierras con el favor de su divina Magestad [sic] pueden cogerse y criarse cantidad de todos los frutos y ganados que acá hay y que con ellos se pueden sustentar muchas religiosas” (Transcripción del testamento, 1769).

Se trataba de una cuantiosa fortuna y, nos preguntamos, cuáles fueron los motivos que llevaron a los hermanos Chávez a darle ese fin a la herencia familiar. Los notables de la ciudad que presentaron su testimonio a favor de la fundación destacaron la relevancia de la misma no solo por el valor social que representaba, sino por el aprecio con

11 Desde este punto de vista se plantean futuros estudios que analicen la proyección económica del convento de Santa Inés y que intentarán sumarse a otros estudios de instituciones monásticas del Nuevo Reino de Granada (Castro, 2010, pp. 177-190).

que contaba esta destacada familia.¹² El monasterio representaba un sitio seguro, capaz de resguardar la integridad, el honor, de aquellas jóvenes no beneficiadas con un matrimonio conveniente adecuado a su condición y más aún cuando la diversidad social y étnica podría poner en riesgo la pureza de la sangre. Entre otros factores incluso enumerados por los testigos que concurren a refrendar el informe a favor del monasterio, aseguran el crecimiento poblacional de la ciudad y la urgente necesidad de contar con una institución para albergar a mujeres pobres o desprotegidas:

[...] y será de mucha utilidad a esta ciudad y demás comarcas y muy del servicio de Dios Nto Señor y de su Mag porque esta tierra va acreciendo cada día más en gente y morada [...] en ella gente muy noble y pobres con muchas hijas las quales entraran monjas en el dho monasterios porque la dote que se contiene en la petición es moderada (Testimonio del vecino Francisco Benegas, 1630).

No obstante, creemos que no solo el sentido social fue lo que motivó semejante inversión, un monasterio era una empresa que abarcaba muchos aspectos de la vida y el manejo de estas instituciones implicaba un esfuerzo corporativo a cargo inmediato de la fundadora, del resto de la familia y de las propias monjas. Quizás tampoco fuera arriesgado pensar lo que pasaba por la mente de los patrones-fundadores, y encontrarnos con razones que apunten a la creación de una entidad piadosa que concentrara el patrimonio de los Chávez al no contar con herederos directos.¹³ En efecto, Antonia de Chávez, pasaría a dotar una institución y eso le implicaba, emprender trabajos destacados: tutelar,

12 “Será muy bien regalado y sustentado el dho convento y de mucha autoridad por aver de entrar por fundadora Dña Antonia de Cháves y sus hermanas... personas de mucha calidad y gobierno y de esto será Nto Señor muy servido y resultará mucha utilidad a esta ciudad las demás de este reyno [...]” (Testimonio del vecino Francisco Benegas, 1630).

13 Coelho (2005, p. 698) menciona como motivación a las fundaciones conventuales femeninas la posibilidad de aprovisionamiento patrimonial del linaje fundador que usaría el monasterio como intermediario en sus proyectos.

organizar, llevar cuentas, manejar una serie de relaciones sociales que derivaban de su oficio de patrona del convento. Esto sin dejar de tener en cuenta el valor agregado que implicaba una institución religiosa, en cuanto a su derivación espiritual y la necesaria dignidad con que ungía a sus responsables inmediatos. Visto así, un monasterio era una empresa que abarcaba muchos aspectos de la vida y se tornaba en una alternativa de altos desafíos para las mujeres de la élite.

En todo caso, en este emprendimiento familiar la dimensión espiritual y material una vez más tejieron un puente que permitía a estos hermanos piadosos y pudientes alcanzar el favor de Dios, obtener reputación social e invertir sus finanzas en una obra que continuamente proporcionaría beneficios económicos y el favor divino para los vivos y difuntos de la familia:

[...] para que Dios sea servido y alabado por ella y por las siervas tuyas que en este convento vivieren y nuestras almas hallen misericordia delante de su divina magestad, a cuyos pies ponemos nuestras haciendas y con ellas nuestros corazones y almas (Transcripción del testamento, 1769).

En todas las casas religiosas se contaba con el ingreso que aportaban las dotes de las monjas al momento de hacer la profesión. En el convento de Santa Inés, se estipuló una población de 50 monjas (luego se redujo a 33) de “velo negro” o “de coro”, categoría que se destinaba a las hijas legítimas, de familias notables y prestantes, que debían pagar para ingresar algo más de 2.000 pesos (se incluía también “propinas y ajuar” más 100 pesos para alimentos del año de noviciado). La otra categoría de ingreso serían las monjas de velo blanco, llamadas “legas” o de “obediencia”, pertenecientes a otra condición económica y social. Su vida en el monasterio implicaba cumplir con trabajos y servicios. Su dote se estableció en 400 pesos, ajuar de dos hábitos y ropa de cama y contaban con un cupo para doce monjas. Para el caso del convento de Santa Inés, se impuso por voluntad de los hermanos Chávez, que de los fondos entregados al convento, se dispusiera de un cupo de diez dotes destinadas a las mujeres de la propia familia o allegadas. Estas prebendas no se destinaban a la beneficencia, sino que se incluía dentro de los derechos patronales disponer de

tales cuotas. El ingreso al claustro sin obligación de dote era una prerrogativa reservada a las mujeres del linaje para que con los auxilios otorgados por la sangre, se alcanzaran virtud y santidad.

Apertura y primera organización del convento de Santa Inés

En 1630 se presentó el informe de Tomás Vaca con el visto bueno de la Audiencia y al parecer Antonia de Chávez continuó haciendo gestiones, incluso buscó la mediación de una parienta cercana a la corte para obtener la licencia fundacional que no llegaba.¹⁴ La respuesta con la cédula real fue el 2 de noviembre de 1638, ocho años más tarde de la solicitud. La demora posiblemente demostraba la reticencia de la autoridad peninsular a otorgar permisos de fundación a una ciudad que ya contaba con tres conventos de monjas, dos de los cuales tenían problemas de financiación.¹⁵ En la cédula, se especificó que la autorización procedía de la solvencia económica demostrada por la fundadora y certificada por el presidente de la Audiencia y el arzobispo: “[...] dar licencia para la dicha fundación, [...] en razón de la seguridad de lo que ofrecéis para la dicha fundación y forma que habéis de tener en el gobierno del dicho convento y nombramiento de patronos perpetuos y prioras fundadoras”.¹⁶

14 Se trataba de doña Marina de Escobar, mística de Valladolid conocida por “la santa” (Florez de Ocariz, 1674).

15 De los tres conventos existentes solamente el de las clarisas contaba con autonomía económica, el de la Concepción tenía el auxilio del patronato real por ser el primero de la ciudad y por haber fallecido su patrón al poco tiempo de fundado el convento. El otro convento, el de las carmelitas, se había erigido sin autorización del rey y para 1631 estaba solicitando al Consejo de Indias auxilio económico. Para el caso de la Concepción, *Informaciones: Monjas del convento*, 1618; para el caso de las Carmelitas, *Informaciones: Elvira de Padilla*, 1631.

16 Cédula real de Felipe IV. En *Constitución y libro*, 1689-1854. Copia de la cédula de aprobación del monasterio, f. 2.

El convento de Santa Inés finalmente abrió sus puertas el 19 de julio de 1645. La priora nombrada fue la hermana de la patrona, Beatriz de la Concepción, y con ella ingresó su prima hermana también del convento de la Concepción, Francisca Eufrasia de Cristo, porque para esta fecha Ana de san Jerónimo había fallecido. Dichas mujeres fueron nombradas fundadoras del convento y eran las que contaban con acreditada experiencia conventual para la organización de la vida regular. Ingresaron también, diez jóvenes que entraron sin dote entre las que se contaban dos novicias provenientes igualmente del convento de la Concepción, huérfanas, que habían sido criadas en el seno de la familia Chávez: Francisca María de la Cruz y Beatriz de Santa Inés.¹⁷

Para una primera organización, el convento se regiría por los “estatutos y constituciones” presentados por Antonia de Chávez conjuntamente con el arzobispo Cristóbal de Torres, (dominico). En él se determinaban las condiciones de ingreso en cuanto a ser hijas de matrimonio legítimo y contar con limpieza de sangre exigidas en la cláusula común para el ingreso a toda institución religiosa:

[...] y que las dichas cinquenta monjas de belo negro ayan de ser de legitimo matrimonio de gente noble y virtuosa y por lo menos limpia de toda raza, no se excluye la hija natural quando concurrán en ella las calidades antes referidas (Convento de Santa Inés 1630-1783, f. 34v).

Estas restricciones de ingreso se establecían para las monjas de la élite en las que concurrían las diferentes “calidades”, se entiende por ello lo que define Pilar Gonzalbo (1997, p.13), como calidad y que involucra consideraciones de raza, dinero, ocupación y respetabilidad individual y familiar. Estos requisitos no implicaban a las otras monjas que entraban como legas o monjas de obediencia porque las posibilidades de desempeñar diferentes roles de prestigio se destinaban a las hijas de las familias notables. La jerarquización y el resguardo que se observaba en la vida conventual, no era más que una reproducción de

17 La primera terminó casándose y la segunda falleció (Florez de Ocariz, 1674).

las formas de relación que se observaban en la sociedad y el convento garantizaba su reproducción. Albergar a mujeres de las mejores familias era lo que le proporcionaba distinción y prestigio a un convento y con la creación de este claustro, se intentaba promocionar un centro no solo de espiritualidad, sino también de reconocida presencia social en la ciudad de Santafé.

Respecto de la sucesión en el gobierno del monasterio, se especificó que se destinaba a las mujeres de la familia Chávez mientras hubiera descendencia, pues ser patronas de un monasterio, constituía un motivo de honor para la familia. De hecho Antonia de Chávez en los mismos estatutos dejó nombrado como sucesor a su sobrino Diego Osorio Nieto de Paz:¹⁸

el qual por ser como dicho es de mi sangre ade representar siempre mi persona con todo el derecho de Patron Fundador y dhas sus hijas o nietas pues para este privilegio me despojo yo en vida de la dha dotación en que cave eso super abundante (Convento de Santa Inés, 1630-1783, f. 36r).

Las otras funciones importantes que vinculaban al convento, como las capellanías, también se destinaron a los clérigos de la familia, Gregorio Osorio y José Osorio, primo y sobrino de Antonia. Teniendo en cuenta estos aspectos, observamos que las relaciones de parentesco sustentaron el control de la institución religiosa tanto desde la perspectiva económica como organizativa. Al no contar con herederos forzosos, estos vínculos nuclearon a la familia más extensa (Osorio Nieto de Paz) y se los nombró herederos directos responsables de reproducir y consolidar la honorabilidad de los hermanos fundadores.

18 Diego Osorio Nieto de Paz, era hijo de la prima hermana de Antonia, Margarita Antolínez de Martos, casada con Miguel Osorio, padres también de Francisca Eufasia de Cristo, fundadora. Florez de Ocariz menciona ambas líneas en el árbol XXVII de Alonso Olalla Herrera (1674, pp. 377-379 y 385). Esta red familiar tendrá gran resonancia en el convento por sucesos posteriores de juicios por restitución de la herencia de Antonia de Chávez, temática que actualmente estamos investigando y que le significó al convento la pérdida de gran parte de sus propiedades en 1672.

En cuanto a las actividades económicas del convento se ordenaba que todas debían contar con el voto de la fundadora, porque era quien administraba la hacienda. En el caso de tener que imponerse algún censo a favor de monasterio o asumirlo, solo se estipulaba en caso de necesidad y debía hacerse con la autorización de la patrona-fundadora, del consejo de la comunidad y licencia del arzobispo. Conforme a las previsiones económicas, con el ingreso de los beneficios de la encomienda de Ubaqué, se solventarían los gastos fijos y el sostenimiento de diez monjas. Se contaba con el ingreso de las dotes de las nuevas postulantes lo que aportaría el efectivo con el que cubrir las necesidades urgentes en caso de cubrir imprevistos en la producción de las haciendas. Efectivamente, en los primeros 20 años de fundación, el convento sostuvo una situación económica de bonanza y estabilidad pero esta se vio afectada a partir de 1672/3 por un pleito que solicitó la restitución de la herencia a la muerte de doña Antonia de Chávez. Los primeros estatutos fueron hechos por la patrona y fundadora en 1638 (Constitución y libro, 1689-1854, f. 2v), y fueron modificados para la fecha de inauguración del monasterio, el 15 de julio de 1645. En los mismos se concluye:

Que el dho monasterio y religiosas del [de él] ayan de estar y estén sujetas a los señores arzobispos de esta dicha ciudad de Santafé para que como superiores y prelados exersan jurisdicción en las cosas y casos que por derecho le pertenecen (Convento de Santa Inés, 1630-1783, f. 37v).

En efecto, en la cédula de aprobación del convento se fijó la figura de “convento de monjas de la orden de Santo Domingo sujeto al ordinario” (obispo) (Copia de la cédula de aprobación del monasterio, Constitución y libro, 1689-1854, f. 2), sin embargo, cuando fray Tomás Vaca, provincial de los dominicos, hizo el informe, concluyó que el nuevo convento de monjas “estaría sujeto a su orden” (Informaciones de oficio y parte: Tomás Vaca, 1630, f. 37v) esto dejó abierta la posibilidad de que si la fundadora cambiaba de parecer, podría sujetarlo al obispo de la diócesis. Quizás haya afectado esta petición el hecho de que en 1630 la diócesis se encontraba vacante por la muerte del

arzobispo Julián de Cortázar, pero para la fecha de fundación (1645), la sede estaba ocupada por el dominico fray Cristóbal de Torres quien fue un gran colaborador del monasterio, bajo cuya sujeción se pusieron las monjas.

Si bien, el tema del reglamento que estructuraba la vida del monasterio no lo desarrollamos en extensión en este capítulo, podemos agregar que contenía algunas pocas disposiciones referidas a la organización interna de las monjas, el número de admitidas, la participación en las celebraciones litúrgicas y algunos temas vinculados a la clausura. En realidad, se trataba de unos principios de organización que quizás se planteaban ser completados por las mismas monjas una vez avanzada su experiencia religiosa o al asumir las constituciones monásticas de la Orden Dominica, cosa que se pudo llevar a cabo una vez que se definió la vinculación del convento a la Orden de Predicadores en junio de 1675, cuando el convento contaba con más de 50 monjas.

Cierre

El proceso de fundación del monasterio de Santa Inés, involucra muchos aspectos que ameritan un tratamiento más detenido, sin embargo, por la necesidad de síntesis, hemos escogido elementos que nos parecieron significativos para descubrir los inicios de la vida monástica femenina y dominica en el Nuevo Reino de Granada. Ello no significa agotar preguntas sobre el valor y el sentido de la vida de estas mujeres que poblaron los claustros con expectativas mucho más ricas que lo que nos sugiere la idea de reclusión que las ha definido.

Lo que hemos pretendido con esta presentación es conocer el rol que han tenido los frailes dominicos en la fundación del convento, cuestión que se constata en la orientación de decisiones a favor de una obra pía a la que se le destinó una herencia familiar. El acompañamiento en asesorías y gestiones para tal fin estuvo a cargo de diferentes frailes, que ocupaban puestos relevantes en la provincia de San Antonino. En este sentido, los predicadores no solo orientaron la devoción de Juan Clemente de Chávez antes de partir a su destino político como lo indican las crónicas, sino que motivaron y condujeron los procesos

fundacionales, por lo menos hasta 1634 mientras ocupó la silla vacante el obispo de la Torre también dominico, quien tomó el auxilio y dirección del monasterio, por lo que la intervención de los dominicos quedó en segundo plano, por lo menos, hasta la incorporación definitiva del convento a la Orden de Predicadores.

Analizamos el proceso de fundación de un convento y las objeciones consideradas por el gobierno colonial. Sin dudas que la necesidad social de un monasterio, como salvaguarda de las mujeres de la élite y otras posibles beneficiadas de sectores sociales más bajos, se supeditaban a la capacidad económica de la ciudad y sus principales vecinos, sin embargo, la fluctuación económica de los patrimonios amenazaba el sostenimiento de las instituciones monásticas femeninas. Ante el riesgo de tener que salir en auxilio financiero, el erario real controlaba las licencias para las aperturas, esta podría ser una causa por la cual se demoró el permiso, puesto que la tramitación exigía un controlado informe del capital disponible.

Otro aspecto que esta investigación nos permite concluir es que el excedente femenino de la familia Chávez iba a ser el depositario del patrimonio económico. En efecto, a partir de lo que nos dicen las constituciones, la hermana y prima que ingresaron como fundadoras y tanto en ellas como en las futuras ingresantes de la familia se centraría el gobierno del convento. Es decir, que las primeras plazas y el control institucional se reservaban a la familia de sangre. Desde esta perspectiva, se valora la importancia del parentesco para el funcionamiento del claustro, pues se dispuso que la familia (incluso la descendencia no directa) se involucrara oportunamente en la atención del mismo, una vez fallecida su patrona-fundadora. Este monasterio, como posiblemente los otros de la ciudad, contó para su apertura con el beneplácito de la autoridad política, de los sectores comerciantes, encomenderos y terratenientes, muchos de ellos herederos de conquistadores y primeros pobladores cuya descendencia se procuró proteger en el espacio neogranadino.

Referencias

Archivo General de Indias

- Carta del cabildo secular. (1577). Carta del cabildo secular de Santafé sobre el gobierno de los oidores de aquella Audiencia, y herencia que dejó Cristóbal Rodríguez para fundar un monasterio de monjas en aquella ciudad. Santafé, 60, N. 26, “Cabildos seculares: Audiencia de Santafé”.
- Cartas de Audiencia. (1640). Cartas de Audiencia. Santafé, 24, R.5, N. 35.
- Expediente sobre la cobranza (1640). Expediente sobre la cobranza de la alcabala por la venta de los bienes de Francisco Beltrán de Caicedo. Santafé, 24, R.5, N.35.
- Informaciones: Alonso López de Mayorga. (1627). Informaciones: Alonso López de Mayorga. Santafé, 133, N. 52.
- Informaciones de oficio y parte: Francisco Salguero. (1575). Informaciones de oficio y parte: Francisco Salguero, vecino de Tunja. Fecha final. Santafé, 124, N.8.
- Informaciones de oficio y parte: Tomás Vaca. (1630). Informaciones de oficio y parte: Tomás Vaca, provincial de los dominicos del Nuevo Reino de Granada (información sobre fundación de un convento de monjas). Con parecer de la Audiencia. Santafé, 134, N.23, f. 1v. Imágenes 1, 2, 3, 4 / 38.
- Informaciones: Elvira de Padilla. (1631). Informaciones: Elvira de Padilla. Santafé, 134, N. 31.
- Informaciones: Juan Clemente de Chaves. (1624). Informaciones: Juan Clemente de Chaves. Santafé, 133, N.11, 1v.
- Informaciones: Monjas del convento (1618). Informaciones: Monjas del convento de Nuestra Señora de la Concepción. Santafé, 131, N.5.
- Testimonio del vecino Francisco Benegas. (1630). Testimonio del vecino Francisco Benegas Ponce de León. En Informaciones de oficio y parte: Tomás Vaca, provincial de los dominicos del Nuevo Reino de Granada (información sobre fundación de un convento de monjas). Con parecer de la Audiencia. Santafé, 134, N.23, f. 6r.

Archivo General de la Nación de Colombia

Sección: Colonia. Encomiendas/Encomiendas 11, D.5 (1631). Fs.834ss.

Archivo del Convento Monjas Dominicas de Santa Inés

Constitución y libro. (07/01/1689 a 18/01/1854). Constitución y libro de los primeros años del Convento, 1v y 2.

Convento de Santa Inés. (6/6/1630-17/11/1783). Libro Fundación del Convento de Santa Inés.

Transcripción del testamento. (1769). Transcripción del testamento de Dn Juan Clemente Chávez el 29 de mayo de 1628 realizada en 1769 debido a un pleito por la pertenencia de un pantano en el Valle de Boxacá, ff. 2r, 3r.

Publicadas

Concilio de Trento. (1845). *Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*. Barcelona: Imprenta de Benito Espona.

De Zamora, Fr A., O.P. (1945). *Historia de la provincia de San Antonino del Nuevo Reino de Granada* III. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

Florez de Ocariz, J. (1674). Genealogías del Nuevo Reino de Granada (1612-1692). *Libro primero de las Genealogías del Nuevo Reino de Granada*. Madrid: José Fernández de Buendía, Impresor de la Real Capilla de su Majestad.

Recopilación de leyes. (1681). Recopilación de leyes de los Reynos de las Indias. Libro I, Título III. De los monasterios de religiosos y religiosas hospicios y recogimientos de huérfanas. Madrid: Julián de Paredes.

Fuentes secundarias

Acosta, O., Vargas, L. (Curadoras) (2011). *Una vida para contemplar. Serie Inédita: vida de Santa Inés de Montepulciano*, O.P. Bogotá: Museo Colonial.

- Bidegaín, A. (compiladora). (2004). *Historia del Cristianismo en Colombia (corrientes y diversidades)*. Bogotá: Taurus.
- Burns, K. (2008). *Hábitos coloniales. Los conventos y la economía espiritual del Cuzco*. Lima: IFEA.
- Castro, H. (enero-junio de 2010). Jerarquías sociales y relaciones políticas, el convento de la Concepción de Bogotá y la ejecución de censos (1739-1810). *Revista Republicana*, 8.
- Coelho, M. (2005). Casadas con Dios, linajes femeninos y monacato en los siglos XII y XIII. En I. Morant (coord.) *Historia de las mujeres en España y América Latina*, I. Madrid: Cátedra.
- Gonzalbo, P. (1997). *Familia y orden colonial*. México: El Colegio de México.
- Levaggi A. (1998). Papel de los patronos en las capellanías. Cuestiones suscitadas a su respecto en el Río de la Plata. En M., Martínez, G. Von Wobeser y J. Muñoz. (coord.) *Cofradías, capellanías y obras pías en la América colonial* (Serie Historia Novohispana, 61), pp.143-154. México: Universidad Autónoma de México.
- Melo, J. (1977). *El establecimiento de la dominación española*. Medellín: La Carreta.
- Miura, J. (1990). Cristianismo en Andalucía. Las Órdenes religiosas en la Andalucía bajomedieval. *Revista siglo XX*, (3-4), 112-121.
- Neukirchen, P. (1997). Aproximación jurídica a los derechos de las mujeres en contratos matrimoniales. En López M. y Carbonell, M. (eds.). *Historia de la mujer e historia del matrimonio. Seminario familia, elite y poder en el reino de Murcia siglo XV-XIX*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Plata, W. (2012). *Vida y muerte de un convento. Dominicos y sociedad en Santafé de Bogotá (Colombia) siglos XVI-XIX*. Salamanca: San Esteban Editorial.
- Teruel, M. (1993). *Vocabulario básico de la historia de la iglesia*. Barcelona: Crítica.
- Toquica, C. (2008). *A falta de oro: linaje, crédito y salvación. Una historia del Real convento de Santa Clara de Santafé de Bogotá siglos XVII y XVIII*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Ministerio de Cultura - Instituto Colombiano de Antropología e Historia - Asociación de Amigos del Museo Nacional.